

mostrando la incongruencia de Feuerbach en su paso de la primitiva concepción sobre lo religioso, inspirada en el Antiguo Testamento y en la ética kantiana, y la proyección final de Dios en la naturaleza, cuya potencia habría sido el punto de partida de todo proceso de divinización. Sugiriendo con breves trazos otros posibles desarrollos a partir de la primitiva crítica de Feuerbach a Hegel, el autor concluye que una veta posiblemente muy rica ha sido limitada por Feuerbach en virtud de su claudicante antropología. Este libro representa un buen ejemplo de tratamiento sin escrúpulos ni prejuizgamientos, realizado con la mayor seriedad y honestidad científica, por lo que es doblemente recomendable.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

JORGE L. GARCIA VENTURINI, *Filosofía de la Historia*, Biblioteca Hispánica de Filosofía, Editorial Gredos, Madrid, 1972, 266 pp.

La Filosofía de la Historia, disciplina recientemente ingresada a la especulación sistemática ha merecido poca atención en nuestro país, y ¿por qué no decirlo? casi nula en el ámbito católico, quizá debido a la desconfianza suscitada por algunos de sus más fervientes cultores. García Venturini es una notable excepción, pues alimenta esta preocupación por el ser histórico desde hace mucho tiempo y a través de varios de sus trabajos. El libro que comentamos es expresión del curso actual de su pensamiento sobre el tema, que creemos no cerrado, sino susceptible de nuevos enriquecimientos en casi todas sus temáticas medulares. El libro consta de una introducción y dos partes. En la Introducción, como era de esperar, se analiza la definición y el carácter epistemológico de la Filosofía de la Historia.

La *Primera Parte* es un panorama del pensamiento histórico filosófico desde la Antigüedad hasta nuestros días. Por supuesto que esta parte no debe entenderse como un ensayo histórico —que requeriría un ingente acopio de material y aparato crítico, que no estaría justificado por la índole de la obra— sino más bien como una síntesis de los elementos que pensadores de muy variadas escuelas han aportado a esta disciplina, con un enfoque selectivo.

Mucho más importante y central es la *Segunda Parte*, donde el autor expone varias ideas originales, llamadas por él “nuevas claves” de interpretación del fenómeno histórico a nivel filosófico. A riesgo de simplificar un pensamiento en sí complejo, detectamos tres de estas claves. La primera es la teoría de la aceleración del tiempo histórico, concebida como un paralelismo con la teoría de la relatividad: así como en física, puede decirse que hay un movimiento de aceleración del tiempo histórico que provoca el “encogimiento” del mundo histórico, de tal modo que recién hoy podemos hablar de “historia universal” en su pleno sentido. Además, y también de modo semejante a la física, a la velocidad creciente y el volumen decreciente se agrega el fenómeno del “incremento de la masa histórica”, es decir, suceden “más cosas” cada vez, en un crecimiento no sólo cuantitativo, sino también cualitativo. Esto es fundamental, según el autor, para interpretar la historia pasada y nuestro presente, no menos que la posibilidad de predecir el porvenir. Por esta razón, y otras más específicas, se rechaza toda periodización de la historia, que implica una estatización de lo que es permanentemente devenir. Conclusión que aunque se impone teóricamente de lo dicho, de ser adoptada

terminantemente provocaría, se nos ocurre, serias dificultades, claro que más bien en el orden didáctico y práctico. Por lo demás, parece excesivo un rechazo total de la periodización, pues si bien es cierto que la historia no admite casilleros no lo es menos que hay épocas cuyo núcleo característico puede determinarse con bastante precisión (por supuesto la precisión que puede exigirse en historia, que no será igual que para la botánica).

La segunda de las claves es el tema del fin de la historia, que ya no es más particular sino una y universal; tema éste a su vez en estrecha relación con el de la profecía histórica. El autor trata de determinar algunos de los caracteres de la Nueva Era, cuyas notas "coincidirán en gran parte con las que tradicionalmente se vinculan con la existencia edénica" (p. 237) por lo cual algunos llegan a concluir que esta tierra y no ningún otro lugar, será el paraíso o el infierno teológico. Sin tomar partido definitivo —en lo que a la filosofía respecta— el autor se limita a considerar la alternativa teológica: paraíso-infierno, siendo esta última una posibilidad nada despreciable para el futuro, o aunque ni siquiera haya futuro, debido a la misma potencialidad que el hombre haría desencadenar. Por último hay que considerar que los mismos adelantos científicos deberían hacernos notar nuestra propia insignificancia dentro del cosmos, lo que avalaría la idea —para muchos aún ciencia ficción— de otras civilizaciones muy anteriores a la nuestra, y también extraterrenas. Lo importante es que por fin formamos una verdadera familia humana y que desde ahora todo lo que pase *nos* pasará y nos afectará inmediatamente, sin posibilidad de escape: la responsabilidad es de todos. La profecía histórica tiene, pues, algo que decirnos, y no es mera poética ni ciencia ficción para entretener; se afirma como legítimo el trabajo de escrutar el porvenir a partir de los signos del presente, sin por ello menospreciar la libertad humana. Como se ve, el contenido de los últimos capítulos es sumamente complejo, y también diríamos desafiante. Podríamos cuestionar si en realidad es válido el fundamento de todo lo dicho, y aún quizás exigir previamente que se defina con mayor precisión algunos conceptos, como este de "profecía" histórica y el carácter epistémico del mismo. Pero esto nos llevaría demasiado lejos, y además importaría exigir al autor algo que no ha pretendido: presentar su libro como una obra cerrada, acabada en sí misma y totalmente explícita. Lo que de ninguna manera puede negarse es la sugestión de las insinuaciones, y la pertinencia de advertirnos sobre un nuevo interrogante de los muchos que acosan a la existencia humana.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA